



DEMOCRACIA Y SUBVERSION *

Pedro Rincón Gutiérrez

El movimiento subversivo más importante de la historia venezolana del siglo XX fue, indudablemente, el que produjo la caída de Marcos Pérez Jiménez. En esa coyuntura actuaron de manera conjunta sectores de las Fuerzas Armadas que consideraban agotada la experiencia militar, sectores de la Iglesia Católica y la base civil, representada en los partidos políticos que emergían de los años negros tras una paciente resistencia al régimen con un ímpetu renovador que prometía la alteración rápida de los cimientos políticos, sociales, culturales y económicos de la sociedad venezolana.

La democracia se transformó en una palabra capaz de sintetizar todos los sueños de grandeza del pueblo venezolano, sostenidos con dignidad a lo largo de decenios, pese al paso neblinoso de los man-

* Lección inaugural de las Segundas Jornadas sobre *Democracia y Subversión*, realizadas en Caracas en enero de 1988, bajo los auspicios de la "Cátedra Pío Tamayo" de la UCV, con motivo de los treinta años del 23 de enero.

dones de turno. El 23 de Enero representa desde entonces, un símbolo histórico: el de la libertad.

¿QUE LIBERTAD QUERIAMOS?

Pero la libertad se hizo, muy tempranamente, una palabra ancha y ajena. Los libertarios que amanecieron el 23 de Enero con la representación de la revolución democrática lograda, estaban cercados en el uso del poder por aquéllos que entendían la caída de la dictadura como una reforma del sistema político, como una "modernización" impostergable del país, interpretación que contaba paradójicamente, con la misma óptica de los Estados Unidos, potencia que había apoyado al dictador.

La libertad que querían los venezolanos era más grande. Era tan grande como la esperanza del pueblo. Esa libertad no tenía fronteras. Esa libertad comenzaba por reclamar el voto y un Estado de Derecho.

Pero además, exigía la libertad de la movilidad social, la libertad de estudiar, la libertad de trabajar, la libertad de recomponer la cultura propia; en fin, la libertad de avanzar hacia la conformación de un venezolano nuevo, distinto al que dejaban tantos años de opresión, un venezolano mejor.

La libertad dominante fue otra. Se resignó a la forma —la democracia representativa— y olvidó el fondo: el nuevo hombre, la nueva mujer, los nuevos niños venezolanos.

VUELVE LA SUBVERSION

Fue así como comenzó a gestarse en el barco de la historia propia y con la indiscutible influencia de los aires que desde la isla victoriosa traían las leyendas de Ernesto "Che" Guevara y la epopeya de Fidel Castro, el retorno de la subversión. Una subversión distinta, que en realidad no cuestionaba la democracia. Sólo pedía su autenticidad, su radicalización.

Esa subversión quiso operar como revulsión, como un método curativo y a la vez traumático. Antes que sembrar en el fértil sendero de la conciencia, se buscó intempestivamente el camino de la compulsión y el caro resultado fue el de una generación de jóvenes derro-

tados, no sólo en el terreno de las armas, sino —lo que es peor— en el infinito campo de los sueños.

LA VICTORIA DE PIRRO

Sin embargo, los que triunfaron, soberbios en su victoria, entendieron los errores de sus adversarios como sus propios aciertos. Las causas que habían sido señaladas apresuradamente como motivo del desconcierto y de la ira contestataria, fueron ahora legitimados. Los partidos dominantes interpretaron que ahora ellos eran el sistema. La política dejó de ser el viejo arte de buscar la felicidad de los pueblos, para transformarse en el arte de hacer felices a los llamados cuadros profesionales. La militancia se hizo un oficio seguro y rentable. Inscribirse en los partidos llamados del "status" aseguraba futuro y buenos dividendos, como era igualmente provechoso ser de izquierda en el ámbito universitario. Por cierto que hoy, presenciamos atónitos por ese hábil sentido de oportunidad, cómo saltan la talanquera connotados y aguerridos líderes de un pasado reciente. La oligarquía del dinero encontró como socio a la oligarquía de los votos, y el sistema comenzó a marcarse en las instituciones básicas con un sello o con otro, de manera indistinta. La corrupción encontró un amplio túnel, que pronto atravesó todas las esquinas del poder. El sistema envejeció velozmente, bajo el empuje del pragmatismo.

Lo que la insurrección armada no había logrado, lo consiguió la miopía de los llamados factores de poder del establecimiento: el sistema fue perdiendo credibilidad.

LA LARGA MARCHA DE LA DESIDIA

La década de los años sesenta encontró a la capa política enfrascada en cruentas luchas intestinas, donde la división ideológica marcó la pauta de los debates nacionales, y al sistema imperante, combatiendo contra la izquierda para ratificar que no movería un milímetro sus reglas de juego sobre su concepción de la democracia.

En cambio, los años setenta trajeron una realidad absolutamente distinta. Aplastada la insurrección, el nuevo decenio trajo, de la mano de la pacificación, la confianza ilimitada de las cúpulas partidistas que se dedicaron a disfrutar el trofeo obtenido.

Los partidos relegaron, primero, y sepultaron más tarde, el debate de ideas. El Parlamento comenzó a mostrar el aburrimiento de

sus sesiones en las largas siestas de no pocos de sus miembros, legislando con una creciente apatía. El ejecutivo fue, cada vez más, de los "incondicionales" áulicos de los jefes del poder, desvinculados día a día de su pueblo y encerrados, por voluntad propia, en el jardín de las delicias. Los amos del valle retozaban con sus familias y amigos en las grandes capitales del mundo, divirtiéndose afuera lo que podían invertir adentro. La dirigencia sindical conoció de los placeres de la burocratización y el "maletín ejecutivo" reemplazó el discurso de barricada. La oposición política, ampliada ahora a cierta izquierda, comprendió que el poder también dejaba resquicios y cambió la masa por la mesa. El sistema bostezaba.

EL "BOOM" DE UNA MORAL

La lenta marcha hacia la fosilización de la democracia tuvo una meta natural: la perversión de los mejores valores de los venezolanos. La irrupción del denominado "boom" petrolero, que multiplicó los precios del barril de petróleo hasta cantidades jamás soñadas, alteró las bases del "modo de vida" venezolano. Un pueblo austero, de costumbres casi campesinas, amante de la hidalguía, de la nobleza, de la valentía, de la honradez, de la modestia, de su historia y de sus tradiciones, tuvo en la conducta de sus dirigentes un mal ejemplo a seguir.

El circulante enloquecido puso a circular las peores ambiciones en el jet de la corrupción. La lenidad de la justicia demostraba, toda vez que fuera necesario, que la cárcel no había sido diseñada para los dueños del sistema. Los dineros de la Nación engrosaban indeteniblemente las arcas privadas —y las de muchos funcionarios públicos—. El robo pareció posible de manera alarmante. Algunos venezolanos lúcidos, como Arturo Uslar Pietri, Ramón J. Velásquez y Juan Pablo Pérez Alfonzo, intentaron advertir que el país, a la par que estaba perdiendo una formidable oportunidad histórica, destruía lo mejor de su patrimonio natural y su identidad de pueblo.

Pero fueron motejados de "profetas del desastre". Y Venezuela comenzó a vivir una nueva etapa: la era del "nuevo-riquismo", la del "american way of live".

Los cogollos, eso sí, permanecieron insensibles, entendiendo que ésa era su mayor contribución a la estabilidad del sistema.

TRASTOCAMIENTO DE LOS VALORES

Particular preocupación causa hoy el hombre y la mujer venezolanos. A lo largo de estos treinta años, se han profundizado las contradicciones en el proceso de crecimiento individual que acompaña al crecimiento social. La inseguridad social o individual contrae el espíritu, lo aísla, lo somete a la duda creciente del significado de su propia vida, desparramando el sentimiento de la impotencia y la insignificancia social. La competencia por el éxito y el bienestar material resquebraja el sentimiento solidario, la emoción espontánea del amor, multiplicando la soledad individual, la impotencia y la indefensión.

La anarquía de la actividad económica y las injustas relaciones sociales ha propiciado el desarrollo deformado de la personalidad. Las relaciones capitalistas autoritarias han propiciado la democracia autoritaria, y ambas han actuado sobre la personalidad y la libertad, generando la desvalorización moral de la existencia y automatizando el espíritu. La sociedad voraz del Capital, sustituye la sociedad solidaria del hombre y le impone sus categorías. El pensamiento creador es sustituido por el pensamiento mecánico, la solidaridad por la hostilidad, la belleza por el éxito, la emoción espontánea por el pensamiento extraño, el amor por la violencia.

La pérdida de nuestra identidad como pueblo, acompaña la pérdida de la identidad como individuo. Somos receptores de autoridades anónimas y expectativas ajenas, automatizados por los medios de comunicación y enajenados por el Capital. "Seremos mediocres, pero ricos", dice un muñequito por la T.V. Enseñanza diaria que corrompe la capacidad creadora para facilitar la imposición del valor éxito como fuente de felicidad y realización personal. De esta manera, se acrecienta la pérdida del significado de la existencia, el despojo del hombre como el centro y el fin de la vida.

A la pérdida de la identidad, acompaña la pérdida de la dignidad de la existencia. El ideal falaz de la riqueza, del bienestar y del éxito, por cualquier medio que sea, ha sustituido por vía de la democracia autoritaria, el verdadero ideal del desarrollo pleno del hombre, de la libertad y la felicidad individual y social.

Mientras se pervierten la identidad y las instituciones y valores de la democracia real, es decir del gobierno del pueblo por el pue-

blo y para el pueblo, se impone la explotación, la desigualdad social, el atropello de sus mercancías ideológicas y la balacera infausta de los medios de comunicación.

Mientras la voracidad del capital monopolista y los medios de comunicación exacerbaban la demanda de mercancías que dan prestigio y hacen culto del consumo material, de la violencia y del lucro, se agigantan las necesidades sociales: sanidad, educación, seguro social, organización de la vida urbana, transporte, protección del entorno, etc. y se acentúa la crisis política, espiritual e ideológica de nuestra sociedad.

Expresión de la degradación de la democracia autoritaria es la creciente incapacidad del aparato partidario-político para superar la crisis. Se elitiza el monopolio del poder estatal, se degradan las instituciones y los valores de la cultura, se segrega a amplias capas del pueblo de la participación en la solución de los problemas sociales y políticos. Mientras tanto, crece el desempleo, la inflación, el deterioro de la calidad de la vida, la impagable deuda externa, y es violento el contraste entre el nivel de vida de las élites y del poder monopolítico, y el nivel de vida del pueblo.

El ascenso de la concentración del poder y del Capital, el estrechamiento entre los intereses de los grandes grupos de poder económico y las políticas del poder estatal, es decir, el estrechamiento del poder monopólico y el poder político, adultera el desarrollo democrático.

La enorme y creciente desigualdad en la distribución del ingreso, profundiza las relaciones sociales injustas y discriminatorias. Hambre, pobreza, enfermedad, desamparo, desempleo, inseguridad, ignorancia, impotencias, resumen las condiciones de vida de una gran parte de la población. La Venezuela de la pobreza crítica: LA MARGINAL. Pero, al mismo tiempo, evidencia la necesidad insoslayable de cambios profundos y esenciales en las estructuras político-sociales y económicas que permitan el acceso de las mayorías a los beneficios de la producción en las que ellas mismas participan como factor decisivo, a través de su fuerza de trabajo.

LA POSTRACION DE LOS OCHENTA

Esa sensación de paz no ganada, que poco a poco se había adueñado de la conciencia de muchos venezolanos, se transformó al promediar los años 80, en un sentimiento de resignación, de impotencia fren-

te al poder omnipotente de los cogollócratas aposentados en las conducciones de los partidos, depositarios —por voluntad propia— de la soberanía popular.

Ya los partidos, ahora con los de la izquierda incluidos definitivamente, habían perdido la ideología. ¿Quién puede comparar aquella aguerrida Acción Democrática, anti-imperialista de los orígenes, con la AD de ciertos personajes que no viene al caso nombrar? Pocos recuerdan la firmeza ideológica y el espíritu combativo de Leonardo Ruiz Pineda y de Alberto Carnevali; la lúcida visión y gran templanza de un Juan Pablo Pérez Alfonzo; la firmeza revolucionaria de Salvador de la Plaza. ¡Quién no admira la reciedumbre y la mentalidad progresista de un Prieto Figueroa! ¿Quién puede asociar aquel COPEI del comunitarismo, de las disputas entre la Izquierda Cristiana, los astronautas, los avanzados y los araguatos con este COPEI proyectado a fuerza de consignas, estereotipos y dirigentes que confían más en las palabras que en la propia doctrina? ¿Quién puede conectar aquella izquierda de discusiones principista con ésta que ha reducido sus disputas a las menguadas cuentas de curules? Incluso las organizaciones partidistas, dejaban en el camino la fuerza militante, reducido a conseguir recursos financieros para costear, por la vía de los medios de comunicación, las multimillonarias campañas electorales. Los viajes hacia el norte se hicieron rutina para los nuevos dueños del poder y para algunos de ellos, fue más fácil viajar a Nueva York o Miami, que al pueblo natal. Gobierno y oposición fueron una simbiosis pragmática, sólo conmovida cada cinco años, a la hora de definir el nuevo quinquenio de repartos.

EL VIERNES DEL SISTEMA

Aquel viernes, llamado negro por los analistas económicos, pero que bien pudiera ser de otro color —más blanco por cierto—, trazó la primera línea divisoria para separar la era del "boom" de la época difícil.

La fiebre tropical, que había comenzado su acción sobre quienes tenían la responsabilidad del destino nacional, torciendo la ética de un pueblo digno, recibió el impacto de la desconocida realidad, dando paso a una sensación de alarma y de estupor. Algunos intentaron rescatar otra vez viejas páginas de advertencia. Pero cualquier catarsis podía ser muy onerosa para la capa política, y la indiferencia fue más fuerte que la sensatez.

Las promesas de recuperación se basaron nuevamente en el azar, y hasta se llegó a prometer el aumento de los precios, la revaluación de la moneda y tantas otras ofertas de ciencia-ficción que hoy vistas con la perspectiva de un tiempo breve, ya pertenecen a la colección del anecdotario picaresco que tanto buen humor le proporciona a los venezolanos.

Pero la escasez de respuesta del agotado cuerpo social, no permitió convertir en algo realmente serio la disconformidad general. Operó el voto castigo, pero sin ordenar rumbos. Los rostros del poder no variaron, y el gatopardismo siguió en acción. El diagnóstico interesado fue apenas otro juego electoral.

OTRA VEZ LAS UNIVERSIDADES

Cuando parecía que el peligro del descontento se había conjugado, y que las reglas del juego nuevamente habían sido impuestas, la juventud universitaria, cuyo fuego prometeico nunca se había apagado, rompió las cadenas de la conciencia prestada, y reclamó con autenticidad su derecho a un futuro mejor.

Pasados ya los años del espejismo, la sociedad hizo eclosión por intermedio de su sector más auténtico, su reserva permanente: la juventud estudiantil.

Disgustados ante un país que en pocos años les fue cerrando una a una puerta tras puerta. Coléricos frente a la injusticia reinante. Dispuestos a no entregar su cuota de esperanza generacional. Vacunados contra los juegos verbales de quienes decían representarlos. Mensajeros de un espíritu nacional nuevo, recién nacido, combativo, los estudiantes decidieron hacer tronar su ira y su cansancio legítimo ante un sistema que ellos, por defenderlo más de quienes dicen protegerlo, creen que debe cambiar profundamente, volver a sus raíces primarias. Al espíritu del 23 de Enero.

LA NUEVA SUBVERSION

Aquella "subversión" de los años 60, que pretendía una Venezuela horizontal en un continente socialista, y que equivocó los métodos para concluir en una derrota de dos décadas, ha dado paso a otra "subversión", de características totalmente diferentes a su predecesora.

La llamada "subversión estudiantil", que arrancó en Mérida su jornada de protesta de los 80 no tiene mitos, no tiene líderes, no tiene estrategias, no porta ideologías. Es, me atrevería a decirlo, un movimiento anárquico, de protestas múltiples, capaz de levantarse indignado frente a cualquier engaño o atropello.

Esta mal llamada "subversión", vive cargada sí, de aliento renovador. Quiere romper un horizonte foráneo y enrejado para abrirle las fronteras a los sueños. Como en las grandes gestas, prefiere inmortalarse por sus sentimientos —son más sentimientos que ideales— antes que entregarse a la senilidad que acarrea el miedo.

Primer alerta serio a la degradación del sistema —un sistema que, repito, desean mejor— la rebelión de los jóvenes merideños, extendida a todos los rincones de la geografía estudiantil nacional, debe ser estudiada con seriedad, con responsabilidad, por aquéllos que precisamente, poseen el poder. Y también por aquéllos que no lo poseen, y que lo han visto como algo extraño.

Algo nuevo se está gestando. Una "subversión" de la conciencia, que no acepta la imposición de reglas, porque reclama contra lo que ve y lo que siente.

A 30 AÑOS DEL 23 DE ENERO

Y ahora, cuando se arriba a las tres décadas de democracia, cuando reconocemos, como el documento que hace pocos días dio a conocer el Episcopado Venezolano, en una posición de invaluable compromiso histórico, que la democracia representativa ha realizado incuestionables avances en todos los órdenes del quehacer nacional, es irrenunciable exigir mucho más.

Se exige que se destierre del pensamiento de los dirigentes, esa concepción dañina que interpreta la delegación del poder del soberano en términos quinquenales. Se exige se escuche cada día la protesta de los desposeídos, esos millones de venezolanos para quienes la democracia es apenas una referencia lejana. Se exige que se respete el derecho a ser escuchado cuando no se pertenece a alguno de los partidos del establecimiento. Se exige la democratización de la riqueza, la aplicación imparcial de la justicia, la posibilidad del estudio, el respeto a la democracia universitaria. Se exige que no se hipoteque el futuro de nuestro pueblo en pago de una deuda externa regida por los intereses

usureros. Se exige el sentimiento patriótico, vivo en el legado bolivariano. Se exige más de nuestra democracia, una democracia que nos pertenece a todos los venezolanos desde el 23 de Enero.

Se exige una democracia auténtica, legítima, directa, nacional y popular, con unos partidos políticos abiertos a la discusión, dispuestos a dejarse impulsar por el viento fresco del futuro.

Y, si para ello, todos aquéllos que de una u otra manera hemos representado estos treinta años de democracia, debemos dar un paso al costado, entenderemos ese gesto como necesario. Un nuevo tiempo se acerca. Un tiempo en el que, como en el 23 de Enero, el espíritu de libertad atravesará las arterias de nuestro pueblo. Nuestros jóvenes apenas son los adelantados de ese tiempo que anuncia una historia con menos injusticias, con menos desigualdades, con más democracia.

A treinta años de democracia, es mucho lo que falta por construir que lo que se ha realizado.

Y la subversión de los tiempos será bienvenida.

Y será la subversión en pos de las más sentidas aspiraciones del pueblo insatisfecho; del universo laboral que reclama una vida más digna y efectiva participación en la conducción de los destinos del país; de la juventud que apuntala con su rebeldía y coraje lo mejor de la esperanza; de los campesinos que ansían en tierra propia y cultivada, ver florecer en sus manos callosas infinitos retoños; de los miles de profesionales que buscan con angustia el poder contribuir al desarrollo integral, justo y armónico del país; a los pequeños y medianos empresarios que desean aportar su capacidad creativa sin ser constreñidos por las transnacionales y sus socios criollos; en fin, a todo un pueblo que lucha afanoso por su propia grandeza.

Esta es la democracia que queremos. La que inspiró el espíritu unitario del 23 de Enero y la que resucita siempre con Bolívar y su pueblo.